

man. En el Génesis (1) refiriéndonos la prueba extraordinaria que hizo Dios de la fé y obediencia de Abraham mandándole inmolarse á Isaac, se nos dice espresamente: «Tentó Dios á Abraham diciéndole; Abraham, Abraham, y respondió él: Aquí me teneis Señor. Toma á Isaac, le dijo Dios, tu hijo único á quien tanto amas, y anda, ve á la tierra de Vision; y allí me le ofrecerás en holocausto, sobre uno de los montes que yo te mostraré.» En el Deuteronomio (2), se nos dice tambien. «El Señor os tienta para que se haga patente si le amais ó no con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma. Seguid, pues al Señor y temedle, y guardad sus mandamientos, y oid su voz: á él habeis de servir y con él debeis estrecharos. El Arcangel san Rafael al declarar á los Tobías, padre é hijo, que era uno de los siete espíritus principales que asisten delante del Señor, dijo dirigiéndose al Padre (3). Por lo mismo que eras acepto á los ojos de Dios, fué necesario que la tentacion te probase. En el libro de los Proverbios (4) se dice: Como la plata se prueba en la fragua, y el oro en el crisol; así prueba el Señor los corazones con la tribulacion. Lo mismo se halla en el libro del Eclesiástico (5). De lo dicho se infieren dos cosas, una que Dios nos tienta; otra que la tentacion de Dios es para probarnos. No porque el Señor ignore quien sea cada uno, sino para que cada uno sepa quien es en sí, y lo sepan los demas tambien: para que los buenos sirvan de ejemplo á los malos, y tenga Dios nuevos motivos para premiar con mano generosa á los que fieles á su ley divina, sostuvieron varonilmente las batallas del Señor y se hicieron dignos de sus promesas eternas. Fácil os será ya conocer, mis amados, que no son estas las tentaciones de que pedimos al Señor que nos libre, sino de caer en aquellas conque el demonio, el mundo y la carne procuran precipitarnos en el pecado, para que muertos á la gracia sea cierta nuestra perdicion eterna. Estos tres enemigos, si bien entre sí están perfectamente unidos, son implacables para los hombres; á ninguno perdonan, á todos tientan, no hay quien de ellos pueda librarse sin los auxilios de Dios. Conoced pues, católicos, la necesidad en que todos estamos de pedir al Señor diariamente su gracia para no caer, para no ser vencidos, y que nos libre de todo mal. Con su gracia, con sus

(1) Cap. 22, v. 1 y siguientes.
 (2) Cap. 13, v. 3 y 4.
 (3) Tob. cap. 12, v. XIII.
 (4) Cap. 17, v. III.
 (5) Cap. 2, v. V.

auxilios venceremos, á no dudar, si ponemos de nuestra parte los medios, y entonces, lejos de temer, debemos desear ser tentados porque mayores serán las recompensas. ¡Qué dicha la nuestra, mis amados, si conculcamos, si abatimos, si vencemos á tan poderosos enemigos! Dios se alegra, y los Santos se regocijan. Dios nos reconoce por hijos, y los Angeles y Santos por hermanos. El infierno rabia, la gloria salta de placer. El infierno echa de menos á quienes esclavizar quisiera y encerrar en sus mazmorras, y la gloria dispone asientos para nuevos cortesanos: Y todo ¿porqué? Por haber observado sus mandamientos; porque amándole y obedeciéndole, nos dió, nos dispensó el mismo Señor sus gracias, y fortalecidos con ellas vencimos á nuestros poderosos enemigos: ¿Quién, pues no se animará á pelear contando con auxilio tan divino, al que no pueden resistir nuestros contrarios? No, no le pueden resistir. Por esto quiso nuestro amantísimo Redentor que todos los dias nos dirigiéramos al Padre nuestro que está en los cielos, y le digéramos: No nos dejes caer, Señor, en la tentacion, mas libranos de mal. Si así lo hacemos, si así de corazón se lo pedimos, no hay para que dudar de la victoria. Y así lo vais á ver demostrado en este discurso, si aquel divino Señor tiene á bien iluminarle.

Entre los enemigos del alma, el que primero se nos presenta, es el demonio, justamente llamado por San Mateo (1) el tentador. Obstinado en su maldad no retrocede; y este mismo no retroceso, esta misma obstinacion, es para él un tormento siempre creciente, y por lo mismo que está siempre creciendo, puede decirse en cierto modo, que todos los dias es nuevamente atormentado. Quisiera desahogar su ira y su despecho contra el que así abate su orgullo y le atormenta, pero no puede porque el Señor le tiene puesto el pié sobre el cuello y ni aun hablar contra él le es permitido; y así rabioso y soberbio convierte toda su furia contra el hombre á quien aborrece de muerte, ya porque le envidia la suerte que puede tener entrando en la gloria de la que él fué arrojado con confusion, y ya tambien porque ciego de soberbia quisiera que los hombres le adoráran como á Dios, para aquietar, si pudiera, aquel deseo desordenado que formó cuando estuvo en el cielo, y que fué la causa de su propia ruina. Subiré dijo (2), escalaré el cielo: sobre las estrellas de Dios

(1) Cap. 26, v. 68.
 (2) Job. cap. 41, v. 33.

levantaré mi trono, me sentaré sobre el monte del testamento... Sobrepujaré la altura de las nubes; seré semejante al Altísimo. Pero el desgraciado se halló chasqueado en sus proyectos. Si conocedor el Señor de sus detestables planes le precipitó al infierno, á la mazmorra mas honda, dice la Sagrada Escritura. Hé aquí, mis amados, donde tiene sentados sus reales el padre de la mentira, el inventor de la muerte, el príncipe de la malicia, el que es cabeza de todos los crímenes, el príncipe de todos los vicios, el consejero de los deleites torpes, el fundador de la soberbia, el enemigo mas encarnizado nuestro, el demonio, en fin, que alborota la tierra, que hace estremecer los reinos, que deja desierto el mundo, que asola las ciudades; el tirano cruel que jamás abre la cárcel á sus prisioneros. Tal es, católicos, lucifer, á tal deformidad le condujo su soberbia, en esto ha venido á parar la hermosura de aquel lucero que tanto brillaba por la mañana. Se prendó de sí mismo, se olvidó de que todas sus gracias las habia recibido de Dios, se mostró ingrato á su Criador, y recibió el castigo que su maldad mereció. Del cielo bajó precipitadamente al infierno, en vez de gracias tiene tormentos, en vez de compañeros santos, alegres y festivos, tiene otros tan rabiosos y desesperados como él, y que como él son objeto de la ira del Señor y el blanco de su justicia infinita irritada contra ellos; en vez de cantar divinas alabanzas, se ocupa de maldecirse á sí mismo y de tentar á los hombres para que olvidándose de Dios, vivan como si Dios no hubiera, á fin de que sean infieles para siempre ya que él lo es por toda la eternidad.

Como hace lucifer, hacen todos los Angeles rebeldes que fueron arrojados del cielo por haber sido cómplices de su desobediencia al Altísimo, y reconocen por su gefe al soberbio luzbel. Cómplices en su delito, sufren las penas que él, y ya que voluntariamente á él se sometieron, siguen ahora sometidos por la fuerza, ó sea en virtud de quererlo así el Señor, á aquel mismo que quisieron ver sentado al lado de su Criador, no como súbdito, no como criatura, sino como un igual al que todo lo puede. ¿Qué obcecacion! ¿Quién creyera, mis amados, á no decirnoslo Dios mismo, que la soberbia fuera capaz de alucinar de tal modo hasta á los mismos Angeles? Pero es lo cierto que así sucedió en aquella ocasion que Dios por sus altos juicios consintió que los Angeles se manifestasen de una vez para siempre, tal, cual eran en sí: agradecidos ó ingratos, buenos ó malos. Lance que no volverá á repetirse jamás, porque jamás los Angeles buenos dejarán de serlo, ni los malos podrán ser buenos. Los buenos quedaron con Dios en la gloria, y los malos, los indignos de las gracias del Señor, fueron arrojados del cielo, para nunca volver á él. Do quiera que están, en cualquier parte que el Señor les per-

mita hallarse, llevan el infierno consigo, esto es, la desesperacion y los tormentos conque el Señor les affige y castiga su ingratitud. Digo que do quiera que están, porque Dios por sus altos juicios consiente que menos en la gloria, se hallen en todas partes, y son tantos que, segun espresion de San Gerónimo (1), todos los doctores afirman unánimemente que el vacío que se dá entre el cielo y la tierra está tan lleno de Angeles malos, ó sean demonios, que, si segun son espíritus tuvieran cuerpo ó fuesen corpóreos, nos privarian de ver la luz del sol. Así es, dice el Santo, que la mayor parte de los nublados, los truenos, relámpagos, rayos y centellas, con todo lo demas malo que suelen traer, son promovidos en gran parte por estos espíritus malignos, permitiéndolos el Señor que preparen las causas naturales para que den estos resultados en castigo de nuestros pecados. Y de paso notad, mis amados, el motivo de tener dispuesto nuestra Madre la Santa Iglesia los conjuros, para cuando estos lances llegan. Otro tanto sucede con la esterilidad de los campos, las enfermedades, las pestes y las guerras. Solicito siempre en preparar nuestra perdicion, se vale de todos los medios que á su alcance están, cuando el Señor se lo permite, y suceden los males que quedan indicados. Dotado de una inteligencia superior á la del hombre, como Angel que es, aunque malo, solo la emplea en arruinarnos, si pudiera. Dios infinitamente sabio y bueno, consiente que así nos tienta, ya para probar mas y mas al justo, ya tambien para que conozcamos la necesidad que tenemos de dirigirnos á él para que nos libre de todo mal. Ni disculpa podemos alegar si así no lo hiciésemos, puesto que el mismo Señor nos advierte el peligro en que estamos, la fuerza conque nuestros enemigos cuentan, y nos señala al mismo tiempo el lugar en que está nuestro refugio y las armas conque hemos de guerrear seguros de la victoria. ¿Qué amigo, qué hermano, qué padre pudiera hacer mas por nosotros? Consiente que tengamos enemigos, para que seamos vencedores y no vencidos; y si vencidos quedamos, nuestra será la culpa, no del Padre nuestro que está en los cielos, y que tiene prometido no dejarnos caer en la tentacion, si con las disposiciones debidas le pedimos que nos dé gracia para no caer. No, seguro es que no caeremos: el Padre nuestro nos librárá de todo mal.

Ni piense nadie que puede escusarse de pedir sus gracias al Señor, no, nadie está libre de ser tentado, y solo deja de serlo en esta vida, el pecador que muerto completamente á la gracia, se ha constituido ya es-

(1) *In. cap. 6, ad Ephes.*
Tomo I.

clavo de Satanás y renunciado la gloria. Así vemos que ha sucedido desde el principio del mundo, y así sucederá hasta su fin. Nuestros padres fueron tentados en el paraíso y cayeron en la tentación; los Patriarcas, los Profetas, los reyes, los ricos, los pobres, los jóvenes, los ancianos, todos y en todos tiempos son tentados por el demonio, y nos tienta con tanto más ahinco, cuanto mayor sea el empeño que tengamos en ser perfectos. Por eso nos dice el Señor en el Eclesiástico (1): Hijo, en entrando en el servicio de Dios, persevera firme en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación. *Después de hacernos esta advertencia, continúa animándonos el Espíritu Santo á entrar en la pelea y nos dice* (2): Humilla tu corazón y ten paciencia; inclina tus oídos, y recibe los consejos prudentes... Aguarda con paciencia lo que esperas de Dios. Estréchate con él... á fin de que en adelante sea más próspera tu vida... Confía en Dios, y él te sacará á salvo: conserva su temor hasta el fin de tus días. Y hablando á la generalidad de los hombres, añade: Vosotros los temerosos de Dios, aguardad con paciencia su misericordia; y nunca os desviéis de él, porque no caigáis. Los que teméis al Señor, confiad en él, pues no se malogrará vuestro galardón. Los que teméis al Señor, esperad en él; que su misericordia vendrá á consolaros... amad y serán iluminados vuestros corazones. Contemplad, hijos, las generaciones de los hombres, ó lo que ha pasado en todos los siglos; y vereis como ninguno que confió en el Señor quedó burlado. ¿Quién que perseveró en sus mandamientos fué desamparado? ¿O quién le invocó que haya sido despreciado? *Nadie*: Pues Dios es benigno y misericordioso... y es el protector de todos los que de veras le invocan. Quien teme al Señor (3), será feliz, y bendito será el día de su fallecimiento. He aquí, mis amados, entre otros infinitos avisos, el que nos dá el mismo Señor, ya para animarnos, y ya para que nos dirijamos á él como á nuestro Padre, como á nuestro refugio, como á nuestro Dios.

He dicho que ninguno está exento de ser tentado, y esto es tan cierto, que hasta Jesucristo mismo fué tentado por el diablo, como se nos dice espresamente por San Mateo (4). Podremos no caer, pero dejar de ser tentados por el demonio, no. Ni penseis que los pecadores tenemos que luchar solamente con el demonio, el mundo y la carne son tam-

(1) Cap. 2, vv. 1 y sigs.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*, cap. 1, v. XIX.

(4) Cap. 4, v. 1.

bien nuestros enemigos. Si: nuestro mismo cuerpo y nuestros mismos semejantes apartándose del sendero que Dios á todos nos trazó por medio de su ley santísima, nos hacen una guerra muy cruel. La carne nos tienta rebelándose contra el espíritu, y nos sugiere deseos torpes. Oid lo que sobre esto nos dice San Pablo (1): Vosotros, hermanos míos, sois llamados á un estado de libertad; pero cuidado que esta libertad no os sirva de ocasión para vivir según la carne... Proceded según el espíritu, y no satisfareis los apetitos de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu, y el espíritu los tiene contrarios á los de la carne; como que son cosas opuestas entre sí... Bien manifiestas son las obras de la carne, las cuales son adulterio, fornicación, deshonestidad, lujuria, culto de los ídolos, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, enojos, riñas, disensiones, heregías, envidias, homicidios, embriagueces y cosas semejantes; sobre las cuales os prevengo, dice el Santo Apóstol, que los que tales cosas hacen no alcanzarán el reino de Dios.

Al contrario, los frutos del espíritu son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad... Los que son de Jesucristo, concluye el Apóstol, tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones. Si vivimos, pues, por el espíritu, procedamos también según el espíritu, y no según la carne. Tales son, cristianos, en compendio las obras á que la carne nos inclina, el fin para que nos tienta.

Ni es menos temible el mundo por los medios de que se vale para hacernos caer en la tentación. Al decir mundo, claro es que no ha de entenderse esta admirable máquina del universo, pues esta, tal cual es, publica por sí sola las maravillas del Señor, sino que precisamente se entienden los hombres mundanos y nuestros deseos desordenados de honores, de riquezas, de ascender á los primeros puestos de la sociedad sin atender á nuestra insuficiencia, antes bien teniéndonos por más idóneos que los demás. ¡Ay cuantos esclavos tiene el mundo por este estilo! ¡Cuántos por dejarse arrastrar de estas viles pasiones se hallan al frente de los demás, cuando por su inmoralidad y por su ignorancia debieran ser los últimos! ¿Qué mucho pues que haya injusticias, que se persiga al inocente, que se repitan los escándalos, al ver obrar contra toda ley divina y humana á los que pisando todas las leyes, y solo apoyados en el brazo de un favorito mundano pudieron subir á donde jamás debieran y de donde descenderán para servir de esclavos al que por su soberbia fué

(1) A los Galat., cap. 5, v. XIII y sigs.

arrojado del cielo? Estos tales soberbios y orgullosos, que ni temen á Dios, ni ven mas que las copas doradas que en su fantasía ellos mismos se forjan, son los que ni aun escrúpulo tienen de sacrificar á los demás, sus semejantes, con tal que consigan sus depravados fines. Estos hombres malvados y azote de los demás son los que entendemos por mundo, y en este sentido habla del mundo San Pedro en sus dos cartas. Oid lo que dice (Carta 1.^a): Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos ha regenerado con una esperanza de vida eterna mediante la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos. Esto es lo que debe trasportaros de gozo; si bien ahora por un poco de tiempo conviene que seais afligidos con varias tentaciones, para que vuestra fe probada de esta manera, y mucho mas acendrada que el oro, que se acrisola con el fuego, se halle digna de alabanza, de honor y de gloria en la venida manifiesta de Jesucristo para juzgaros. Por lo cual bien apercibido y morigerado nuestro ánimo, ó preservado de todo error y mal deseo, tened perfecta esperanza en la gracia que se os ofrece... portándoos como hijos de este Señor... pues está escrito: santos habeis de ser, porque yo soy santo... Purificad vuestras almas con la obediencia del amor, con amor fraternal, amaos unos á otros entrañablemente con un corazón puro y sencillo. Toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno: se secó el heno y su flor se cayó al instante. Por esto (1), queridos míos, os suplico que como extranjeros y peregrinos que sois en este mundo, os abstengais de los deseos tan carnales que combaten contra el alma. Honrad á todos: amad á los hermanos; temed á Dios; respetad al Rey. El mérito está en sufrir uno por respeto á Dios que le ve, penas padecidas injustamente. Tambien Cristo, nuestra cabeza, padeció por nosotros dándoos ejemplo para que sigais sus pisadas, el cual no cometió pecado alguno, ni se halló dolo en su boca. Sed todos de un mismo corazón (2); compasivos, amantes de todos los hermanos, misericordiosos, modestos, humildes. Así pues, el que de veras ama la vida, y quiere vivir dias dichosos, refrene su lengua del mal y sus labios no se desplieguen, á favor de la falsedad. El Señor tiene fijos sus ojos sobre los justos, y escucha propicio las súplicas de ellos; al paso que mira con ceño á los que obran mal. Al presente (3) estrañan mucho los mundanos que no concurráis con ellos á los desórdenes de torpeza, y

(1) *Ibid.*, cap. 2.(2) *Ibid.*, cap. 3.(3) *Ibid.*, cap. 4.

por esta causa os llenan de vituperios. Mas ellos darán cuenta á aquel Señor que tiene dispuesto el juzgar á vivos y á muertos. Carísimos: cuando Dios os prueba con el fuego de las tribulaciones, no lo estrañeis, como si os aconteciese una cosa muy estraordinaria: antes bien, alegraos de ser participantes de la pasion de Jesucristo; para que cuando se descubra su gloria, os gocéis tambien con él llenos de júbilo. Suplico yo, dice San Pedro á los presbíteros ó sea á los prelados de la santa Iglesia (1): Suplico yo vuestro compreshítero... que apacenteis la grey de Dios que está á vuestro cargo, gobernándola y velando sobre ella, no precisados por la necesidad, sino con afectuosa voluntad, que sea segun Dios: no por un sórdido interés, sino gratuitamente... siendo verdaderamente desechados de la grey.

En la carta segunda dice el mismo Santo Apóstol (2): Vosotros hermanos míos habeis de poner todo vuestro estudio y cuidado en juntar con vuestra fé, la fortaleza; con la fortaleza, la ciencia; con la ciencia, la templanza; con la templanza, la paciencia; con la paciencia, la piedad; con la piedad, el amor fraternal, la caridad ó amor de Dios: Porque si estas virtudes se hallan en vosotros y van creciendo mas y mas, no quedará estéril y sin fruto el conocimiento que teneis de nuestro Señor Jesucristo. Mas quien no las tiene, está ciego, y anda con la mano á tientas; olvidado de que manera fué lavado de sus antiguos delitos. Por tanto, hermanos míos, esforzaos mas y mas por asegurar vuestra vocacion y eleccion, por medio de las buenas obras; porque haciendo esto, no pecareis jamás. Nunca cesaré de advertiros esto mismo; por mas que vosotros esteis bien instruidos y confirmados en la verdad presente. Pues me parece justo el despertaros con mis amonestaciones.

Se verán entre vosotros, así como en el antiguo pueblo de Dios (3), maestros embusteros que introducirán con disimulo sectas de perdicion, y renegarán del Señor que los rescató, acarreándose á sí mismos una pronta venganza. Y muchas gentes les seguirán en sus disoluciones, por cuya causa el camino de la verdad será infamado, atribuyéndose malamente á la religion, los vicios de los que la profesan; mas el juicio que tiempo há les amenaza, va viniendo en posta, y no está dormidala mano que debe perderlos. Porque si Dios no perdonó á los Angeles delincuentes, sino que amarrados con cadenas infernales los precipitó al tenebro-

(1) Cap. 5.

(2) Cap. 1.

(3) *Ibid.*, cap. 2.